

LA RELIGIÓN Y LA VIOLENCIA

ROBERTO TOSCANO

Creyentes y no creyentes parecen estar enfrascados en una peligrosa carrera por la deslegitimación recíproca de las opciones morales, mientras que lo urgente en cambio debería ser trabajar por la causa común, la de intentar atenuar el nivel de inhumanidad y de violencia en el mundo. Cómo construir un universalismo a través del diálogo, y cómo plantearse la cuestión de las instituciones y del estado.

La cuestión del fundamento de la ética, o de su ausencia, impregna no sólo la historia de la filosofía sino también la de la civilización humana en general. Los creyentes no albergan dudas al respecto, desde el momento que para ellos existe un vínculo necesario entre fe y moral, entre los preceptos de Dios —y de los dioses, para los politeístas— y la posibilidad de que el hombre respete aquellos principios que invitan a la coexistencia y al rechazo de la violencia y de la guerra. Es su firme convicción que “si Dios no existe” (o, para ser más exactos, dado que ésa es una hipótesis inconcebible para los creyentes: “para quien no cree en la existencia de Dios”), entonces todo es posible, incluidos los peores crímenes y las mayores atrocidades. Para corroborarlo citan los crímenes cometidos por los regímenes totalitarios del siglo xx, los inefables horrores de la Shoah y del Gulag perpetrados por la Alemania nazi y por la Rusia comunista, países cuya ideología se basaba en la negación de Dios. Los no creyentes (entre los que cuento a los ateos y a los agnósticos) rechazan la tesis de la superioridad moral de la fe religiosa, y por el contrario la invierten, llegando a afirmar que desde siempre la fe ha sido el origen de la intolerancia y de la violencia. Y también ellos rastrean pruebas de ello en la historia: desde los aspectos belicosos de la Biblia o del Corán hasta las Cruzadas, desde la Inquisición católica hasta los siglos de sangrientas

guerras de religión en Europa. Desde el *Deus vult* de los cruzados hasta el teutónico *Gott mit uns*, el recurso a Dios nunca ha sido una garantía de humanidad, ni de paz, ni de tolerancia. Además, los no creyentes señalan con el dedo el fenómeno contemporáneo de la proliferación de fundamentalismos religiosos violentos, que no pocas veces desembocan en acciones trágicas y sobre todo en el terrorismo. Citando a *Esprit*, probablemente la publicación francesa de más autoridad en cuestiones religiosas, “la religión o las religiones, los monoteísmos —judío, cristiano, musulmán—, la ley de Dios y la fe en Dios han sido, y siguen siéndolo, fuente de una formidable energía creativa, de protesta y de transformación —pero también de reacción, de negación y de destrucción”¹. Esta contraposición está destinada a acompañarnos por tiempo indefinido, o puede que para siempre, dado que no se presta a una solución mediante demostraciones lógicas ni verificaciones objetivas: de hecho, ninguna de las dos tesis puede demostrarse o desmentirse. ¿Es el caso, por tanto, de detenernos ahí? ¿De rendirnos y de reconocer que el problema no tiene solución, decantándonos al mismo tiempo por una opción, incluso en ausencia de pruebas?

Creyentes/no creyentes: una contraposición letal

El hecho es que el problema al que nos enfrentamos no es puramente intelectual o filosófico: la contraposición entre creyentes y no creyentes, el cuestionamiento de las respectivas credenciales morales, es absoluta y desastrosamente dañina para la que debería ser la causa común: intentar por lo menos limitar el alcance y el nivel de inhumanidad

¹ Jean-Louis Schlegel, “L’exception européenne face aux dynamiques des religions”, *Esprit*, marzo-abril 2007, pág. 8.

y de violencia del mundo en que vivimos.

Estamos convencidos de que tanto los creyentes como los no creyentes tienen que hacer un gran esfuerzo para superar esa actitud de “deslegitimación ética” recíproca, y que deben ser conscientes de que pueden compartir —en la práctica, aunque no en la teoría, o en la medida que unos y otros apelan a los fundamentos morales— un nutrido número de valores y de prácticas coincidentes que afectan a las cuestiones de la tolerancia, del pluralismo y de la paz. Ése es el único objetivo posible de todas las iniciativas para el diálogo interreligioso, que deberían por el contrario abstenerse de perseguir la utopía de encontrar una correspondencia en el plano de la teología, de la trascendencia y de la escatología. Y sobra decir que este diálogo sobre la ética debería involucrar también a los no creyentes. Una vez proclamado el objetivo, es preciso añadir un *caveat* realista: no todas las expresiones de fe —y de no fe— son compatibles con el diálogo en cuestión. Pensar de otra manera significaría tomarse el pelo a uno mismo y exponerse a decepciones dolorosas.

En resumen, no todas las expresiones de fe religiosa son compatibles con el respeto a la diversidad que, es justo recordarlo, es la tarea más importante de este siglo XXI, caracterizado por una reducción de las distancias, que a menudo viene acompañada de un agravamiento de las diferencias identitarias. De la misma forma, no todas las formas de ateísmo son compatibles con el reconocimiento ético del Otro y con la aceptación de las obligaciones hacia nuestros semejantes.

Lo que necesitamos desesperadamente, en nuestro siglo, no es un diálogo entre todos los creyentes y todos los no creyentes, lo que resultaría imposible, sino simplemente entre creyentes no fanáticos y no creyentes guiados por la ética.

¿Pero cómo definir esas dos categorías



La carga de la prueba para los creyentes

A la luz de los crímenes cometidos en nombre de la religión, los creyentes deben aceptar la carga de la prueba: demostrar que hoy es posible rescatar de los horrores y de las contradicciones morales de la religión histórica, realmente existente, la esencia más profunda del mensaje religioso para encauzarlo irreversiblemente por una senda caracterizada por la ausencia de todo fanatismo, por la aceptación de la diversidad, por el rechazo incondicional a la violencia. Muchos estudiosos y muchos comunes creyentes de diferentes tendencias religiosas y espirituales —judíos, cristianos, musulmanes, budistas— han abrazado esa opción que, no obstante, exigirá un esfuerzo valiente y prolongado en el tiempo.

En primer lugar, es importante partir de la aceptación de que todo mensaje, incluso el más elevado, puede ser —y a menudo lo ha sido— desnaturalizado y distorsionado hasta legitimar la negación de los derechos y de la dignidad de otros, aparte de legitimar la violencia. Los cre-

yentes de todas las fes han de ser conscientes de esa posibilidad y reconocer, mediante un esfuerzo de objetividad, que a lo largo de la historia también su fe ha sido desnaturalizada en más de una ocasión; y deben evitar acordarse exclusivamente de aquellos casos donde los perseguidos fueron ellos y donde los derechos ignorados fueron los suyos. Es bueno que la humildad, precepto de todas las religiones, no admita excepciones ni siquiera por lo que respecta a la trayectoria histórica de cada una de ellas.

En segundo lugar, los creyentes deberían ciertamente practicar por lo menos la tolerancia, pero deberían saber ir más allá de esa virtud “fría” y minimalista. Es cierto que la tolerancia representa una especie de red de seguridad capaz de exorcizar los conflictos y la violencia, pero la sociedad humana, sobre todo en la era de la globalización —y de una masiva mezcolanza de razas, culturas y religiones— exige una virtud positiva, es decir, saber reconocer el valor de la diferencia, ante la que no deberíamos sólo “poner al mal tiempo buena cara”, sino que deberíamos apreciarla y

aceptarla como una riqueza. La necesidad de los creyentes, que pertenecen a diferentes comunidades religiosas, de compartir con otros seres humanos lo que consideran el regalo impagable de la verdad y de la salvación es indudablemente comprensible, a condición, no obstante, de que la búsqueda de esa puesta en común se produzca en el máximo respeto de las demás creencias (o no creencias) y evitando no sólo la coerción sino también las actitudes de condescendencia o de paternalismo respecto a los valores de otras expresiones espirituales y religiosas.

El tercer aspecto de una interpretación de la religión que sea compatible con la coexistencia gira en torno a la noción de diálogo. Pero es preciso aclarar —para no trivializar las diversidades en un barullo poco creíble y poco eficaz de lugares comunes “buenistas”— que el diálogo interreligioso debe centrarse en el mensaje ético del que toda religión es portadora, y no en los contenidos teológicos y trascendentales. Comparando tradiciones, intercambiando experiencias, los creyentes deberían identificar temas éticos que

